

Vidas para leerlas

Martha Eva Rocha

Alicia Olivera, Salvador Rueda, Laura Espejel, *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998.

Este libro lo integran doce historias de vida, historias singulares, experiencias particulares que constituyen la vida de cada uno de los historiadores entrevistados por investigadores/editores del libro. La riqueza y variedad de las experiencias narradas, así como las formas y ritmos de cada relato, están articuladas por un hilo conductor: haber sido los entrevistados fundadores del Instituto que inició el trabajo académico en 1945, pero más que ello, la pasión y vitalidad que ellos imprimieron al trabajo desde sus inicios. Conforme avanzaba en la lectura y al ser la memoria el vehículo por el que transitamos hacia el pasado, se hicieron presentes los recuerdos, no sin nostalgia, de mi estancia como estudiante de la carrera de historia en la universidad. Algunos de los biografiados fueron mis maestros en la Facultad de Filosofía y Letras, otros los he conocido a través de sus investigaciones, de sus libros; con admiración y respeto les escuché en conferencias, y en palabras de la maestra Rosa Camelo al referirse al doctor Edmundo O'Gorman: "oírlo hablar es un placer, conversar con él es un privilegio, releerlo una renovada aventura".¹ Y efectivamente el trabajo intelectual requiere de admiración, ello imprime el entusiasmo tan necesario en la tarea de investigar. Leer las doce historias de vida fue un verdadero deleite y aquí acudo al sugerente ensayo de

Walter Benjamin cuando señala cómo la información digerida que recibimos diariamente, para que parezca plausible, ha ido en detrimento de la narración.

Relatar historias es el arte de saber seguir contándolas, y se pierde cuando las historias ya dejan de ser retenidas. Se pierde porque ya ni se hila ni se teje en el telar mientras se las escucha [...] La narración, tal como se desarrolla en el círculo de los artesanos, es, también ella, una forma artesanal de la comunicación.²

Y lo que el lector encontrará en estas "vidas para leerlas" son precisamente doce relatos extraordinarios que permanecerán para la posteridad; trascenderán no sólo las obras de los historiadores, sino también vidas humanas.

La idea del libro fue sin duda muy atinada por varias razones: celebrar el cincuentenario del Instituto de Investigaciones Históricas; hablar de la solidez de una institución académica que permanece por sus hacedores: historiadores/historiadoras de incuestionable vocación que hicieron de la Historia, disciplina de trabajo, *leitmotiv* de la existencia. Reconstruye desde dentro a través de las vivencias de algunos de sus fundadores: investigadores y directores, la historia de la institución y de la obra realizada. Historiadores siempre entre papeles, libros, archivos, códices, dedicados más al pasado mediato que el inmediato, fieles al principio de que la distancia permite objetividad, con investigaciones que giraban fundamentalmente alrededor del México antiguo y el co-

lonial. Si bien es cierto que son otros los enfoques metodológicos, las fuentes disponibles, el instrumental teórico para acercarse a la historia del siglo XIX y a nuestro ya agonizante siglo XX, son las circunstancias, las preferencias e incluso las "modas intelectuales" las que influyen en la formulación de los proyectos institucionales; temas y épocas pasan por el tamiz de sus directivos. La presencia del doctor Álvaro Matute en el Instituto ha sido significativa en el impulso a los estudios de historia contemporánea; especialista en la Revolución mexicana, expresa que el haber navegado por la historiografía del siglo XIX ha sido fundamental para abordar y comprender el proceso revolucionario que marca el ingreso de la sociedad mexicana al presente siglo.³

Señalaré dos razones de por qué creo muy importante este libro. Primero, los protagonistas, historiadores, autores de textos de historia, difícilmente se sentarían a escribir sus memorias, sus autobiografías, ya que siempre hay algo más importante que hacer que ocuparse de uno mismo, aparte de que podría parecer pretencioso. El trabajo del historiador no tiene tiempos, no hay reposo; el descanso, como bien señala el doctor Miguel León Portilla, llegará con el fin de la propia existencia: "Soy emérito pero no me voy a jubilar nunca, hasta cuando la 'pelona' me jubile, pero antes no."⁴ La segunda razón es la metodología empleada en la confección del libro: la historia oral de una comunidad intelectual, historiadores en diálogo intenso y cercano con el interlocutor, el historiador oral que testimonia el importante y también acucioso tra-

bajo que realizan los historiadores orales. La historia oral en México, iniciada desde 1959, ha transitado por el difícil camino del reconocimiento y la credibilidad de la fuente, su especificidad, sus propuestas metodológicas, y hasta los aspectos técnicos, todos ellos inherentes a la creación de la fuente, han sido tema de debate entre colegas, en coloquios nacionales e internacionales⁵ durante varias décadas. Quiénes mejor que Alicia Olivera, Salvador Rueda y Laura Espejel, que han bregado en el cuestionado terreno de la historia oral, que con grabadora en mano (innovación tecnológica de nuestro siglo, sustituyó el cuaderno de notas en aras de la recuperación de la oralidad, y anterior a los vertiginosos adelantos de la cibernética que han facilitado todavía más el traslado del relato oral a palabra escrita) apostaron y creyeron en la historia oral, y luego de varios años de realizar entrevistas y desarrollar diversos proyectos entre los que destacan sus investigaciones sobre el zapatismo, por demás conocidas, ahora, con experiencia y madurez, nos entregan como autores este importante libro: *Historia e historias*.

El libro lo inicia una presentación hecha por la entonces directora del Instituto de Investigaciones Históricas, Gisela von Wobeser, que explica brevemente la historia y desarrollo del Instituto; una clara y puntual introducción escrita por Salvador Rueda en la que explica la manufactura del libro y reflexiona sobre algunos conceptos fundamentales en la historia oral: la memoria, generadora de los recuerdos, "delinea las formas de la voluntad",⁶ y los tiempos en el relato oral: el tiempo personal y el tiempo histórico. Sin duda, los múltiples aportes han ganado en confianza y claridad en las maneras de entender la historia oral y ello se refleja en el libro. El corpus lo integran doce autobiografías: Gua-

dalupe Borgonio, Josefina Muriel, Ernesto de la Torre Villar, Carlos Martínez Marín, Rosa Camelo, Miguel León Portilla, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Edmundo O'Gorman, Álvaro Matute, Víctor Manuel Castillo Farreras y Roberto Moreno de los Arcos. "El relato obtenido de la suma de estas doce memorias es la anatomía de una tradición historiográfica constituida por la visión plural del pasado", señala Salvador Rueda en la introducción.⁷

La lectura de las autobiografías puede hacerse de manera independiente, sin seguir un orden. Luego del proceso de creación de los testimonios, los autores nos entregan un texto que recupera la actuación de una comunidad de académicos, lo que la memoria privilegió y lo que se reservó o bien olvidó, así como los significados que tuvieron o tienen en sus vidas: estar, pertenecer, actuar. El lector determinará la forma de aproximarse a ellas. Sólo a él toca entenderlas, cuestionarlas, interesarse y profundizar en su conocimiento, identificarse o rebelarse. El libro recrea vidas humanas en un ejercicio autobiográfico que respeta la vida privada, la vida íntima que apenas una década atrás convertía al biografiado en víctima y cómplice, porque el biógrafo se inmiscuía con saña en vidas ajenas. Ésta es una de las diferencias entre biografía y autobiografía. La historia de vida comparte los presupuestos de la autobiografía —vocablo inglés de invención moderna que aparece por vez primera en el siglo XIX en la *Monthly Review* y que define Arnaldo Momigliano como: "la relación de una vida escrita por el hombre que la está viviendo"⁸ la autobiografía, decíamos, proclama la dignidad de los destinos singulares, tiene la intención de registrar para sí misma pero también para los demás los acontecimientos que merecen salvarse del olvido. Auto-

biografías y biografías con todo y la subjetividad que las caracteriza constituyen un género que debe cultivarse ya que, como señala León Edel: "no estoy seguro de que puedan disociarse la obra y la vida",⁹ y afortunadamente gana cada vez más seguidores. Escribir biografías representa también un gran reto porque el biógrafo puede hacer atractiva una vida ordinaria, pero también opacar a un personaje importante. El maestro Ernesto de la Torre, al hablar de sus preferencias, señala su interés en el campo de la biografía y expresa con alegría que bien o mal, de buena o mala manera, pero se hacen. Llamó mi atención, por razón de que la historia de las mujeres en el México contemporáneo es mi área de interés, su opinión respecto a la lectura de biografías recientes escritas por mujeres sobre mujeres: Tina Modotti, Frida Kalho. "Ahora —nos dice— veo que hay en ellas un exceso de feminismo, de exaltación feminista, y a veces sus obras son como mirar la cumbre a través de las mujeres. Pues está bien porque es un trabajo subjetivo, respetable y útil."¹⁰ Estoy de acuerdo con él y pienso en la vigencia de *Historia ¿para qué?* Hurgamos en los papeles del pasado para explicar a los hombres en su relación con los procesos sociales, pero miramos con el lente de una época, con las necesidades que ella impone y entonces las pasiones nos desbordan y no pocas veces la imaginación nos traiciona y la realidad se escapa. Pero también creo que al escribir una vida es importante una buena dosis de imaginación en la forma; tratándose de historias de vida sucedería lo que el doctor José Carlos Sebe define como la "transcreación",¹¹ pero no estamos autorizados a inventar los hechos. Y aquí recurro también a Robert Darnton cuando señala que "es necesario desechar constantemente el falso sentimiento

de familiaridad con el pasado y es conveniente recibir electrochoques culturales".¹² Cuando algo no podemos entenderlo seguramente es porque estamos ante la presencia de un gran hallazgo, y esto para el historiador debe ser principio importante.

La riqueza del libro nos rebasa. Cada autobiografía podría ser objeto de un comentario especial, es por ello que sólo mencionaré a grandes rasgos las líneas que recuperan las autobiografías: el ambiente familiar, la formación y los profesores, las atmósferas culturales, la vocación, el desempeño profesional: el trabajo de investigación, la docencia y los cargos directivos, el trabajo en el instituto, las corrientes de pensamiento, la disciplina historiográfica, los proyectos académicos, los temas de investigación y los periodos, las inclinaciones, los seminarios de trabajo, las tareas de difusión: revistas, edición de fuentes y publicación de libros. Un recorrido fascinante por la memoria individual y colectiva en la que nada, ni los espectros, son agregados fortuitos. Así, los miedos que a veces paralizan no permitiendo que las ideas fluyan y puedan trasladarse al papel, la crítica siempre bienvenida que permite hacer mejores trabajos, la confrontación y discusión cotidiana que enriquece, el sentir que siempre hace

falta algo como justificación de lo no hecho, la facilidad o dificultad en las búsquedas, los errores, los ritmos en el trabajo, la imaginación y creatividad, ingredientes importantes en el difícil arte de relatar y escribir historia, el encasillamiento según la producción, son las preocupaciones y obsesiones en que se desenvuelven cotidianamente los historiadores, son parte del oficio.

Todo en la memoria es revelador y relevante, las anécdotas y los recuerdos forman parte de la experiencia acumulada. Y aquí vale la pena destacar la melancolía que envolvió a los historiadores, a las historiadoras que narraron la anécdota de la media hora del café de los primeros tiempos en el Instituto, cuando "éramos pocos" y las jerarquías no existían en la relación maestro-alumno. En la reunión del café alrededor de una mesa, los entonces jóvenes historiadores se maravillaban ante las charlas de los grandes maestros, los hallazgos y descubrimientos, los avances y tropiezos, el comentario inteligente, el trabajo de las disciplinas afines; constituían para todos ellos treinta minutos de conocimiento lúcido, que quizá era más tiempo, pero todos lo grabaron en su memoria como la media hora del café.

Las doce historias, explica Sal-

vador, se basaron en el mismo esquema para recuperar lo memorado, pero se armaron a partir de privilegiar "el tono vital" que imprime a cada relato su sello personal, lo que los hace personas irrepetibles. Narraciones sistemáticas que contienen elementos comunes del oficio del historiador. La curiosidad fue un motivo que determinó la más vieja forma de investigación histórica que nos viene desde Herodoto, la búsqueda, la soledad compartida, el historiador en compañía de sus materiales de trabajo: documentos e impresos de todo tipo. "La soledad no existe para los que leemos mucho", expresaba el doctor O'Gorman.¹³ Finalmente, ellos y ellas se reconocen en los relatos y autorizan la publicación. Nosotros, como lectores, nos emocionamos. De distintas maneras las trayectorias aquí trazadas son venero de inspiración, especialmente para las nuevas generaciones que no logran identificar la verdadera vocación. A la Historia se llega por placer y sólo con gran pasión y dedicación; sin darse cuenta los historiadores se sumergen en la difícil pero gratificante tarea de hurgar en el pasado como una necesidad de entenderse como personas y como sociedad. El libro cuya lectura convocamos rebasa con mucho los comentarios aquí vertidos.

Notas

¹ Alicia Olivera et al., *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, p. 94.

² Walter Benjamin, "El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov", *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, México, Origen/Planeta, 1986, p. 196.

³ Alicia Olivera et al., *Historia e historias...*, op. cit., pp. 193-198.

⁴ *Ibid.*, p. 177.

⁵ Véase Cuauhtémoc Velasco (coord.),

Historia y testimonios orales, México, INAH, 1996.

⁶ Alicia Olivera et al., *Historia e historias...*, op. cit., p. 15.

⁷ *Ibid.*, p. 17.

⁸ Mientras que la biografía la entiende como: "una relación de la vida de un hombre desde su nacimiento hasta su muerte", Arnaldo Momigliano, *Genesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 22, 23.

⁹ Leon Edel, *Vidas ajenas. Principia biographica*, México, Fondo de Cultu-

ra Económica, 1990, p. 16.

¹⁰ Alicia Olivera et al., *Historia e historias...*, op. cit., p. 72.

¹¹ José Carlos Sebe Bom Meihy, "Tres alternativas metodológicas: Historia de vida, historia temática y tradición oral", *Historia y testimonios orales...*, op. cit.

¹² Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 12.

¹³ Alicia Olivera et al., *Historia e historias...*, op. cit., p. 181.